



"Le es más fácil a la gente hablar de política o de ética que de literatura, y al hacer esto, se engañan y se roban a sí mismos de manera increíble", dice el ganador del Premio Nobel de Literatura 1987.



JOSEPH BRODSKI

"Puede ser una sorpresa saber que había ganado el Premio". A la derecha, llegando a la ceremonia.



"Me calienta el corazón saber que me recuerdan los poetas rusos"

SALV LLAURO, Londres.

Hay algo extraño, por un decir obscuro, en la idea de entrevistarse a un poeta: se supone que los poetas escriben sobre lo que desean decir. Y si hay cosas que quieren decir, ¿por qué tiene otra persona que escribirlos?

Joseph Brodski, ganador del premio Nobel, galardón que recibió el pasado mes de octubre, indica de cuando en cuando durante la conversación que el poema que le entristece es una forma bastante baja de transacción lingüística —sus frases vienen a veces adornadas con comas inventadas o con circunflexos con una serie de exclamaciones—. Así así, en este mismo acto de repudio —incluso en una lengua menos inclinada a la duda que la rusa—, Brodski sigue mostrando notablemente austero y se le parece en nada a un premio Nobel.

Mientras iba a la cita con Brodski en Londres, salió al recuerdo la conversación que tuve acerca de él unos meses antes, en Rusia. En Leningrado, el poeta Viktor Krivitski me había llevado en coche al café donde Brodski y sus amigos acostumbraban a reunirse y leer sus poemas. Mientras tanto, el café había sido cerrado, anexionado y reconvertido con otro aspecto. Pero era claro que la presencia de Brodski seguía siendo extraordinariamente vivida para los escritores de su ciudad natal y que él continuaba siendo uno de ellos.

Me preguntaba qué es lo que pensaba Brodski, allá en el extranjero (un barrio de Londres que se recuerda un poco a Leningrado), sobre estos fantasmáticos colegas en un mundo que hoy es muy difícil creer que existe.

La conversación con el poeta, y respondiendo:

"No es nada para mí. No puedo ser objetivo acerca de él. Para mí, él es, por definición, simplemente a sí mismo, y por ello, ambas partes —la gente allí y yo aquí— la tenemos más interesadamente. Nuestros sentimientos están artificialmente amplificadas, más allá de la típica de la situación real. Por eso, sé que yo estoy viviendo en el extranjero, algo que es perfectamente normal, mientras que él, vive en su país, lo que... es un más normal, me parece."

"Naturalmente, me calienta el corazón, o como usted lo diga, el saber que piensan en mí, y, naturalmente, yo también pienso en ellos... pero estaría bien que no exageráramos estas co-

sas, porque pienso que es inevitable".

—Le sugiero que no sea solamente esta situación artificial la que crea estos sentimientos en Leningrado, sino el saber el mismo objeto que ocupa usted en la tradición poética de la ciudad: era imposible hablar de poesía en Leningrado sin mencionarlo. Me pregunté si el propio Brodski pensaba que su obra se inserta en aquella tradición.

—Bueno, en un cierto sentido, ya, con estos pocos amigos, creemos una tradición, digamos una especie de escuela. Eso no era evidente entonces, pero lo podemos afirmar ahora con el beneficio de una percepción retrospectiva —aunque no sé si es un defecto—, que le damos su tono a la década de los sesenta.

En general, la poesía rusa, hasta entonces, no había sido consciente —y eso es la misma medida en que lo es ahora— por el uso de la lengua, la objetividad y el lenguaje. Y esto porque era predominantemente ideológica, y las terminaciones ideológicas la habían dado una nota quejumbrosa y de lamentos. Nosotros buscamos cambiar esto, no de manera consciente, sino para estar de acuerdo con el espíritu de los tiempos. Intentamos ser tan distintos como lo era nuestra circunstancia. Creo poder afirmar de nuestra escuela que era más comedida y más vigorosa en cierto sentido, mientras que al mismo tiempo manteníamos una elegancia de estilo. Por eso el Premio Nobel es una especie de indicación de que nuestro grupo ha pasado.

Los miembros del equipo

—¿Y cuáles integran "su" equipo?

—Le mencioné aquellos que espero pasen ahora al primer plano, como resultado, por así decirlo, de mi humilde yo: Aleksandr Kushner, Yevgeny Kirey, Vladimir Uspenskiy, Anatoli Naumov.

En ese momento, estaba ya a Brodski, incluido en el sofá, con su cenicero, como una especie de capitan de equipo americano —con aquel mismo despectivo que introduce el tono aire de la conversación al aire libre en la empresa poética—.

—Finalmente, la idea de equipo en la poesía es más rusa que americana. ¿No es verdad?

—En cierto, en América se concierne más en el individuo, de modo que, por definición, el premio es para una sola persona, "un hombre". Pero yo recuerdo —aunque era muy joven en aquella época— lo que le pareció cuando le dieron el premio a Pasternak. Tomó el resaca —pienso en T.S. Eliot o en Faulkner—. Por eso, cuando le premiaron, no agradeció nada. Era algo estúpido, un premio para nuestra literatura, pero no obra la considerábamos como la obra de toda la nación.

"Esta es la mentalidad que produce los estados totalitarios: toda la nación es más coherente, más unificada, ya que todo el mundo lee los mismos periódicos, mira la misma".

Pero, ¿no les afectan las claras implicaciones políticas del premio en el caso de Pasternak? Se le dieron por *Doctor Zhivago*, y no tanto por su poesía.

—Sí, pero lo que cuenta es que nosotros, o al menos yo, no

"Sé que los editores soviéticos no serán muy amables conmigo"

"Naturalmente que sería un gran placer para mí", respondió Brodski, y después se corrigió rápidamente. "Un gran placer sería decir demasiado. Ese tipo de preguntas tienen una respuesta sencilla, que es que quiero en la prensa. Realmente, no sé qué significaría para mí que una línea fuera publicada en la URSS. Cuando me hablaban por primera vez de eso, en marzo, me produjeron un estado de ánimo contradictorio —me era salud o no, estoy acostumbrado a mi situación— ya que soy, en una perspectiva mayor, sólo en general, un provinciano", añadió.

—¿Aves en el extranjero a la idea de que tiene que ser

ante todo un poeta?

—Sí, eso es todo el problema. De pronto se tiene la sensación de que en el extranjero un poeta muy importante se pasa a uno a los ojos. Eso no me gusta, y realmente estoy inquieto durante bastante tiempo. Hasta que se acaba, el poeta Tomas Vandaslo, me dijo: "Me parece que si estás tomando las cosas en serio, José, que algún día te publiquen en Rusia es tan inevitable como la muerte, y las cosas que son las de inevitable hay que tratarlas con un cierto humor". Bueno, pero eso es lo que hago ahora.

—¿Es que tenía que ser así?

tenía razón (una de algunas maneras a intentar apropiárselo)?

—Bueno, sí, algo de eso. Sé que no soy a ser muy amables conmigo publicarlo un puñado de mis poemas y luego la publicación a algún editor que me da algo de traducción —para explicarlo a la gente que no soy conocido—. Yo no puedo hacer nada para evitarlo, a menos que los poetas completamente la publicación. A lo que ellos pueden responder en cualquier caso. Pero lo que me gusta más de este Premio Nobel es que va a ser un problema para el mundo oficial, para lo que pienso, ya a estar presente como una posibilidad recurrente.

"Me calienta el corazón saber que me recuerdan los poetas rusos" [artículo] Sally Laird.

Libros y documentos

AUTORÍA

Brotsky, Joseph, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Me calienta el corazón saber que me recuerdan los poetas rusos" [artículo] Sally Laird. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile